

causas que habían podido dar lugar á la lucha del 18. Frustráronse con todo mis esperanzas, y por averiguaciones hechas durante los días 19 y 20 supe que el ejército tártaro ocupaba campamentos preparados de antemano y situados sobre la gran carretera que conduce á Pekín, á dos leguas escasas de nosotros. Estas nuevas disposiciones revelaban una dirección enérgica y hábil. Eran debidas, en efecto, al príncipe Sen-Koli-Tin, que el año pasado defendió los fuertes del Peiho y que, con el título de sen-wang, manda las fuerzas del imperio. Durante el primer período de nuestras operaciones, en la embocadura del Peiho, no pudimos adquirir pruebas ciertas de su presencia; pero la resistencia inesperada que se había manifestado y las relaciones de los espías, no permitían dudar que el sen-wang, jefe del partido de la guerra, quería defender personalmente hasta el último extremo las inmediaciones de la capital. El 20 resolví, de acuerdo con el general en jefe inglés, atacar al enemigo el día siguiente. Hice estudiar por el capitán de Estado mayor Cools, acompañado de los oficiales de Estado mayor ingleses, las posiciones que ocupaba el ejército tártaro.

»Delante de nuestros vivaques de Chan-Kia-Wang, teníamos, á unos cinco kilómetros, la gran ciudad de Tong-Tchon (400,000 almas) enlazada con Pekín por una vía de granito, de doce kilómetros, obra de las antiguas dinastías. Este camino atraviesa, junto á la aldea de Palikiao y por un gran puente de piedra, el canal que pone en comunicación el Peiho con la capital. Resolvimos prescindir de Tong-Tchon, sabiendo que no quedaba allí ningún soldado, para encaminarnos al puente de piedra cerca del cual se hallaban establecidos los campamentos del sen-wang. El ejército francés debía marchar directamente hacia el puente, en tanto que el inglés, desplegado á su izquierda, buscaría un paso más inmediato á Pekín. El 21, á las cinco y media de la mañana, me puse en marcha hacia el punto designado, y dejé mis bagajes bajo la protección de dos compañías de infantería, en una aldea situada á una legua más allá de Chang-Kia-Wang. Luego avancé hasta unos tres kilómetros de Palikiao, y en este punto tropezamos con las primeras centinelas tártaras. Entonces tomé las disposiciones siguientes: Una pequeña columna de vanguardia, compuesta de una compañía de ingenieros, dos compañías de cazadores de infantería, un destacamento de pontoneros, una batería de á 4 y dos pelotones de artillería montada recibió orden de adelantar, al mando del general Collineau.

El general Jamin, con el resto del batallón de cazadores, los artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y el 101 de línea, siguió el movimiento. La vanguardia tuvo que detenerse luego ante fuertes masas de caballería que amenazaban su izquierda, á cuya altura no había llegado todavía el ejército inglés. El general Collineau mandó suspender la marcha y puso los cañones en batería. Me disponía á apoyarle con el resto de mis tropas, cuando de pronto rompióse á mi derecha un fuego de artillería bastante nutrido. Mi jefe de Estado mayor general, el coronel Schmitz, adelantó hacia el cañón enemigo, y vino á darme cuenta de que el punto del cañoneo parecía ser el centro de su primera línea de defensa. Este oficial superior no vaciló en designar este punto como indicando la verdadera posición del puente que no nos permitían ver varios grupos de casas rodeadas de árboles y las profundas masas que cubrían sus inmediaciones. Dí orden al general Jamin de hacer desplegar á la derecha, frente al cañón, el batallón de cazadores, las compañías de artillería de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y disponer que avanzaran lo más pronto posible para formar nuestra derecha los batallones del 101. Este movimiento dejaba entre el pequeño cuerpo del general Collineau y el mío un intervalo que era urgente llenar. Por el jefe de escuadrón Campenon, del Estado mayor general, transmití á dichas tropas la orden de aproximarse á nosotros: mas esta orden no pudo ejecutarse antes de entrar en línea el ejército inglés, porque en aquel momento la caballería enemiga excedía nuestras dos alas.

»El sen-wang aprovechó hábilmente estas circunstancias para cargar en masa, envolviéndonos por todas partes. En el centro, la carga, intentada varias veces con gritos salvajes, fué rechazada por los artilleros de cohetes á la congreve, la batería de á 12 y los cazadores de infantería. A la izquierda, estrellóse contra el puñado de valientes del general Collineau y tuvieron que retroceder ante la exacta puntería de la batería Famont, y ante la caballería inglesa que iba acudiendo al campo de batalla. A nuestra derecha, los ginetes tártaros fueron recibidos por el 101 de línea dispuesto hábilmente y con serenidad por el coronel Pouget. Lo propio que el 18, nuestras tropas habían salido victoriosas de aquel círculo de ginetes. Rechazados éstos, la posición de mi izquierda, en que acababa de desplegarse el ejército inglés, desvanecía mis temores. Podía ya disponer que se acercase el cuerpo del general Collineau, y le di orden de dar

la vuelta á la aldea de Palikiao con un movimiento de conversión á la derecha y seguir la orilla del canal, en tanto que el general Jamin atacaría de frente marchando en derechura hacia el puente; la aldea, atacada con el mayor vigor, fué defendida palmo á palmo por la infantería china. A la verdad, sólo por la inferioridad del armamento se explica el que fuesen tan poco considerables nuestras pérdidas, teniendo que luchar con un enemigo tan numeroso y tan tenaz. Mas la toma de la aldea no debía ser el término del combate. Mientras que el general Collineau, llegado á la orilla del canal, divisaba el puente de Palikiao y lo cogía lateralmente con su artillería, dispuse que el coronel de Rentzmann avanzara con los artilleros de cohetes á la congreve y la batería de á 12 á fin de batir el puente de

frente é inutilizar las piezas que lo defendían. Nuestra infantería, adelantando de casa en casa, había llegado á apoderarse de las que hay junto al canal, y cubría con sus fuegos todas las avenidas.

»En este momento el puente de Palikiao ofreció un espectáculo que es, á buen seguro, uno de los episodios más notables de la jornada. Todos los jinetes, tan animosos por la mañana, habían desaparecido.

»Sobre la calzada del puente, grandioso monumento de una antigua civilización, soldados de infantería, lujosamente vestidos, agitaban estandartes y contestaban con un fuego, por fortuna impotente, al de nuestras piezas y de nuestra infantería. Era lo más selecto del ejército que se sacrificaba para proteger una retirada emprendida con la mayor preci-



NAPOLEÓN III

pitación. Al cabo de media hora, el fuego concentrado de nuestras baterías imponía silencio al cañón enemigo. El general Collineau, agregando á su vanguardia la compañía del 101 del capitán Moncetz, pasó el puente, siguió á la derecha del camino de Pekín, en la dirección tomada por la masa de fugitivos, y yo le seguí con el resto de mis tropas. Eran las doce, y desde las siete de la mañana no habíamos cesado de combatir; el enemigo había desaparecido en un estado de completa desorganización, dejando el campo de batalla cubierto de sus cadáveres. Hicimos alto, y después de dos horas de descanso, hallábanse establecidas mis tropas en los campamentos y bajo las tiendas de los soldados de sen-wang, á doce kilómetros de Pekín.

»Las jornadas del 18 y del 21 han valido á los

ejércitos aliados cien piezas de artillería. Al terminar esta relación, conozco, señor mariscal, que la pluma es impotente para dar una idea exacta de lo que pasó á nuestro alrededor. El enemigo nos tenía circunvalados hasta una distancia que no alcanzaba la vista; los prisioneros y espías, dejando aparte las aserciones más exageradas, aseguran que las fuerzas chinas no bajaban de cuarenta mil hombres. Todo es tan extraño, que para comprender nuestros triunfos, es menester remontarse al pasado y traer á la memoria las victorias constantes de algunos puñados de soldados romanos contra las hordas bárbaras. No puedo menos de reiterar los elogios á que se han hecho acreedoras las tropas que tengo á mi mando.

»Ruego á V. E. que llame hacia todos la atención



del Emperador y el interés del país. Dignaos, señor mariscal, etc.—Montauban.»

Esta nueva y definitiva victoria abrió á los aliados las puertas de Pekín y les hizo dueños hasta del palacio del Emperador del que, según escribía el general Montauban, es imposible referir las maravillas que contenía. Por último, el Gobierno del Emperador recibió el siguiente parte del barón Gros, que puso término por el pronto á la cuestión de la China:

«Pekín 7 de Noviembre.—El 25 de Octubre se firmó la paz entre el hermano del Emperador y yo. Ha sido aceptado el ultimátum de Shanghai y se ha verificado el cange de las ratificaciones del tratado de Tien-tsin. Se pagarán sesenta millones á Francia como indemnización, entregándose á cuenta el 30 de este mes tres millones setecientos cincuenta mil francos. El Gobierno chino autoriza la emigración de los coolis. Las iglesias y los cementerios con sus dependencias que pertenecían antes á los cristianos de todo el imperio, les serán devueltos por medio del ministro de Francia. El príncipe Kong me envió ayer un documento oficial, manifestándome que ha hecho ya entrega de la catedral católica de Pekín, y añade que sabe que en la *ciudad imperial* existía en otro tiempo otra iglesia, que actualmente está destruida, pero que van á serme entregados su terreno y dependencias. He expedido hoy pasaportes á algunos misioneros. El 28 de Octubre, casi todo el ejército, llevando á su cabeza la embajada, condujo al cementerio católico, devuelto ya á monseñor Monly, obispo de Petchely, y donde descansan los restos de los Reverendos padres Gerbillon, Ricci y Shaal, las seis víctimas de la emboscada del 18 de Septiembre último. Se reunieron con nosotros el general Grand y su Estado Mayor, y nos esperaba en el cementerio Mr. Ignatieff, ministro de Rusia, cuya leal cooperación me ha sido en extremo útil en todas estas circunstancias. El día siguiente 21, se celebró un oficio en la catedral, igualmente entregada á monseñor Monly. Se ha vuelto á colocar la cruz de hierro en la cúpula del edificio, y el *Domine salvum fac Imperatorem* inauguró el restablecimiento público y legal del culto católico en la China. Se me ha entregado además como indemnización especial por el atentado de 18 de Septiembre, una suma de un millón quinientos mil francos. Todo marcha admirablemente y autoriza á esperar que este triunfo será duradero. Partiré probablemente de Pekín dentro de dos ó tres días, para regresar á Tien-tsin y ponerme de acuerdo con lord Elgin sobre lo que debemos hacer en adelante.—Barón Gros.»

El imperio del Japón era otro de los que con más obstinación se cerraba á los europeos, el cual desde hacía más de dos siglos se abría á los misioneros, los cuales pudieron convertir un gran número de aquellos habitantes.

Pero éstos tuvieron que sufrir una horrible persecución que degeneró en matanza espantosa el año 1830, y desde aquel mismo momento replegándose al Japón sobre sí, opuso impracticable barrera á los europeos.

El año 1854 obtuvieron los Estados Unidos un convenio que estipulaba la inmediata apertura del puerto de Sinoda á los barcos de aquella nación, además de la del puerto de Hakodade en el término de un año.

El 14 de Mayo de aquel mismo año, el almirante inglés Sterling celebró también un tratado parecido en Nagasaki, el que, lo mismo que Hakodade fué abierto á los ingleses, y al año siguiente obtuvieron también la misma ventaja los holandeses.

Lo mismo Francia que Inglaterra, aprovechándose del efecto que sus hechos de armas habían producido en China, hechos que tuvieron gran resonancia en el Japón, solicitaron y obtuvieron de esta nación muchas mayores ventajas de las que hasta entonces habían disfrutado.

En el mes de Agosto de aquel mismo año, se presentó en el puerto de Yeddo con tres barcos de guerra lord Elgin, pidiendo la firma de un tratado, que le fué otorgada, y sin más, después verificaba igual operación el embajador francés, con los mismos felices resultados.

El cónsul norte-americano y el almirante ruso por su parte, exigieron también nuevas concesiones.

Las condiciones de aquellos tratados son casi todas lo mismo, y consisten en la facultad de sostener un agente diplomático en Yeddo y cónsules en los puertos abiertos, con autorización para viajar por todas las provincias del imperio.

Tanto los franceses como los ingleses, rusos, etcétera, podían libremente instalarse en los puertos de Hakodade, Knaagava, Iliogo y Nagasaki, y á partir del año 1862, los extranjeros podían establecerse en Yeddo y Oraka.

Los europeos y norte-americanos tenían libertad para el ejercicio de su religión, cuya libertad se extendía á la edificación de iglesias, capillas, cementerios, etc., en los lugares designados. Jurisdicción consular, el uso libre de las monedas extranjeras y japonesas, derechos impuestos á sus barcos á su arribo al puerto, prohibición de importar opio y

derecho del cinco por ciento sobre los artículos importados.

Empero á pesar de todo, aun cuando el Gobierno japonés parecía dispuesto á mantener buena armonía con Europa, érale de todo punto indispensable contar con el feudalismo japonés, hostil á los extranjeros.

El Taikoun japonés, ó sea el soberano temporal, mandó á París una embajada el año 1861, compuesta de varios dignatarios, la cual fué recibida por Napoleón en audiencia solemne en el palacio de las Tullerías el 13 de Abril de 1862.

Esta embajada se trasladó luego á Londres, al Haya luego y sucesivamente á varias capitales europeas, y en todas estudió con inteligente curiosidad, las artes, las industrias y las costumbres.

Una nueva embajada japonesa llegó á París el año 1864 para dar satisfacciones á aquel Gobierno por el asesinato de un oficial francés, y aquel mismo año los navíos de guerra europeos bombardearon á Sinono-Saki. Este suceso produjo saludable impresión en el Gobierno de Taikoun, que desde entonces se ha mostrado más conciliador.

Los tratados que Francia había celebrado con la corte de Pekín y el Japón no podían procurarle ventajas á menos de aumentar el contacto con los chinos, y por esta misma razón se aprovecharon de la guerra que tenían que sostener con Annam, de la que hemos hablado en otro lugar, para establecerse en la costa oriental de la Indo China, en las provincias de la baja Cochinchina.

La situación de Méjico después de la retirada del general Prim, de la cual hablamos en otro lugar, habíase despejado por completo.

Entonces se vieron bien claros los proyectos que abrigaba Francia.

El general español había conocido la mala fe de los franceses y no se le ocultaba que éstos pretendían nada menos que constituir en Méjico una monarquía dependiente ó tributaria de Francia, y por esta razón, en vez del rompimiento de las hostilidades, firmó el convenio de la Soledad, abandonando á la Francia sola en su ambiciosa y pífida empresa.

El digno castigo á su mala fe no se hizo esperar, puesto que además de la vergonzosa derrota que sufrieron en la Puebla, con notables pérdidas, en la expedición que organizaron para conseguir su objeto sólo dió por resultado el fusilamiento de Maximiliano, impuesto á los mejicanos como emperador

y la pérdida de la razón, de la joven esposa de aquél.

Este último fracaso demostró bien á las claras la fatal política de Napoleón, y hasta los mismos franceses han confesado que aquella tentativa fué el paso más falso de la política de Napoleón III, cuyo desprestigio cundió por toda Europa con la velocidad del telégrafo.

El año 1862 Francia mandó refuerzos á Méjico con un nuevo general en jefe que tenía á sus órdenes cuarenta mil hombres, además de las tropas que los conservadores mejicanos pusieron á su disposición para entronizar á Maximiliano.

En Febrero de 1863 partió con dirección á Puebla, Forey, poniéndola sitio que duró dos meses, á pesar de no componerse su guarnición más que de doce mil hombres.

El 17 de Mayo, privada de todo lo necesario y sitiada por un numeroso ejército al que apoyaban los propios del país y débilmente favorecida por las fuerzas del revolucionario Comonfort, tuvo que rendirse á discreción quedando prisionera de guerra, y como que Puebla puede decirse que es el baluarte de Méjico, los franceses pudieron penetrar en ella el 10 de Junio.

Una vez allí, se reunió una Asamblea de notables del partido conservador, aprobándose en ella el proyecto de Francia, en virtud del cual se restauraba la monarquía, concediéndose la corona imperial á un hermano del emperador de Austria, el archiduque Maximiliano.

Este hizo tan laudables como eficaces esfuerzos para arrancar á aquel país de la horrible situación en que se encontraba; pero el partido revolucionario, lejos de cesar en sus propósitos, luchó con la bravura y constancia heredada de los valerosos soldados españoles. La nueva política lejos de reducir el número de los revolucionarios la aumentaba más y más cada día, hasta el punto de que á los tres años ni el ejército francés ni el Emperador podían nada contra las guerrillas de los republicanos, hasta que por fin los franceses, temiendo con razón que allí sólo encontrarían una muerte segura, abandonaron aquel país.

Los restos de este ejército se embarcaron por fin el año 1867, dejando abandonado á Maximiliano, que, más pundonoroso, no quiso pasar por la vergüenza de retroceder ante la peligrosa lucha.

El joven soberano resuelto á defenderse valerosamente, se puso á la cabeza de los mejicanos que le eran adictos y resistió valerosamente á las tropas de Juárez, en Querétaro, pero los enemigos que le